

Inés Westphalen (compiladora)

El río y el mar. Correspondencia José María Arguedas/Emilio Adolfo Westphalen
Lima, Fondo de Cultura Económica, 2011; 291 pp.

La correspondencia entre José María Arguedas y Emilio Adolfo Westphalen reunida bajo el título de *El río y el mar* nos introduce en la intimidad de una amistad de treinta años, entre 1939 y 1969; una amistad profunda e irrenunciable de dos hombres nacidos en 1911 a los que, en principio, todo separaba. Son 57 cartas, la mayoría de ellas escritas por Arguedas. En la primera de ellas, fechada en Sicuani el 9 de enero de 1939, Arguedas plantea las bases de su común amistad: *"creo conocerte bastante, aprendí a estimarte mucho en los últimos días que estuve en Lima; tú y Emmanuel (Manuel Moreno Jimeno) eran los únicos que quedaban de esa gente que hubo antes, a los otros les perdí todo afecto desde hace tiempo"* (p. 45).

Ya desde esa primera carta, el autor de *Los ríos profundos*, se muestra duro e implacable en la crítica. *"Lima es un antro"* -dice- y manifiesta sentirse feliz por haberla dejado, pero eso no lo lleva a idealizar el lugar donde está viviendo, Sicuani, donde se dedica a la enseñanza secundaria. Le molesta la ignorancia que lo rodea: *"La indignación y la rabia se apoderan de uno"* -escribe- y luego con ácida ironía le cuenta a Westphalen: *"El Director de mi colegio me preguntó de qué año era ese alumno Calderón de la Barca, cuando leyó este nombre en el programa del Día del Idioma"*. (pp. 46 y 48). Arguedas muestra desde ya no ser tan dulce y campechano como a menudo lo han pintado sus adoradores. La verdad es que es extremadamente crítico con sus contemporáneos y con el país en el que le tocó nacer y del que varias veces quisiera escapar para afincarse en Roma (*"es*

la ciudad donde más me gustaría vivir") o en París. Para muestra de la dureza de su crítica a los intelectuales de su tiempo basta un botón: *"¿Leiste el artículo de Estuardo Núñez sobre el sentimiento de la naturaleza en la nueva poesía del Perú? Yo no sé quién es más bruto: el que lo escribió o quienes lo publicaron. A mí ni siquiera me da náuseas, sino que me molesta..."* (p. 49). Y atacando de frente a quienes no comprenden la poesía de Westphalen, Arguedas arremete el 16 de julio de 1939: *"...toda esa carroña escogida de pequeños literatos, tienen incapacidad mental para entender nada de lo que verdaderamente es arte"* (p. 54).

Años más tarde, en carta del 23 de noviembre de 1951, prosigue en esta misma vena de crítica implacable: Y en términos similares ataca, por ejemplo, a Sebastián Salazar Bondy: *"Su vanidad es mucho más grande que cualquiera de sus virtudes, las que corren el peligro de desaparecer devoradas por esa vanidad que le hace suponerse absolutamente perfecto y superior a todos 'los de su tiempo'"* (p. 88). Confieso que no me esperaba semejante virulencia en un hombre que se confiesa frágil, sentimental y emotivo, que se muestra muy inseguro de sus propias capacidades tanto como antropólogo que como narrador y que se queja a menudo de sus depresiones y otros problemas psicológicos. Al contrario de él, Westphalen ya había dado muestras de su tendencia a reaccionar violentamente a través de sus acciones provocadoras con los surrealistas y, por ejemplo, en sus artículos para la revista *El Uso de la Palabra*. En carta del 23 de agosto de 1939, por ejemplo, Westphalen llega a decir

de un artículo de Serafín Delmar, poeta con pretensiones vanguardistas: “*El bacín y la caca al fin acaban por unirse*” (p. 60). En esta correspondencia constatamos, también, que Arguedas a menudo no deja títere con cabeza y lanza palos y piedras contra Luis Alberto Sánchez (hace “*monstruosidades*”, su caso “*es el más peligroso*”) (p. 77), Juan Ríos (“*acaba de estrenar la más abominable muestra de falsa poesía*”) (p. 88), César Moro (“*no hace sino hablar tonterías*”) (p. 78), el pintor Sérvulo Gutiérrez (“*se ha comercializado y podrido*”) (p. 95), etcétera, además de los ya mencionados Estuardo Núñez (“*siempre tuve el peor concepto de ese infeliz*”) (p. 49) y Sebastián Salazar Bondy (“*vale cada día menos... ¿Has leído su esperpento sobre París?*”) (p. 200).

Sorprende también (aunque a estas alturas de la época ya no debería sorprendernos), la posición que adopta Arguedas frente al quechua, ya que al autor de *Los ríos profundos* se le suele presentar como indigenista o neoindigenista, defensor de una utopía arcaica que se opondría radicalmente a la modernidad del mestizaje. “*Yo no creo, ni mucho menos, en el kechwa como una solución. Al contrario, estoy absolutamente seguro que el kechwa desaparecerá y que debe desaparecer. La castellanización es una necesidad urgente en el Perú.*” (...) “*El castellano ha de ser el idioma propio y genuino del hombre de estas tierras; pero, eso sí, en ese castellano definitivo que hable el mestizo quedará mucho de genio del kechwa.*” (p. 70). Esto lo afirma Arguedas en 1939, cuando está viviendo en Sicuani, sin embargo, setenta años más tarde, a quienes sostienen la evidencia del mestizaje y de sus ineluctables consecuencias, le suelen llover airadas réplicas y hasta insultos por parte de los más increíbles neoindigenistas actuales, provenientes de canteras diversas e incluso de la poesía rebelde de la generación del 68. Arguedas, en cambio,

después de hacer estudios en España, en carta no fechada, dice haber “*comprobado que la organización no sólo social sino aún económica de las comunidades peruanas tenían mucho más de las de Castilla que del antiguo ayllu*”(p. 190). Lo cual quiere decir, en otras palabras, que, según Arguedas, las “*comunidades indígenas*” peruanas más que propiamente “*indígenas*” son mestizas.

Nada mejor, entonces, que recordar aquí lo que le escribe Arguedas a Westphalen en una carta sin fecha (p. 76): “*...he sentido expresarse toda mi indignación contra los críticos del Perú, que no han hecho sino forjarse prestigio de sabios entre la canalla, mancillando y echando sombras sobre la poca verdadera poesía que se ha escrito en nuestro país; y tratando de levantar, contra la única poesía que se ha hecho en el Perú, la falsa figura de docenas de imbéciles, a quienes por bajos intereses (...) quieren consagrar como los mejores*”. Y recordar que si bien Arguedas escribió el 11 de enero de 1969 que “*el Perú es cada vez más fascinante y hermoso*” (p. 242) nunca se dejó obnubilar por el nacionalismo. “*Estamos nuevamente en la patria y sufriendola*”, escribe en carta de 15 de diciembre de 1958, “*es verdaderamente un país bárbaro porque la fuerza bruta reina casi sin limitaciones y la inteligencia y el derecho escrito apenas tienen importancia. No se les hace caso. La miseria se nos aparece ahora como mucho más brutal, porque la insolencia y la impunidad de los ricos no tiene límites*” (p. 196).

A través de *El río y el mar* descubrimos a un Arguedas mucho menos delicado y cortés de lo que la leyenda dice que era. Y, precisamente, sobre la delicadeza escribe Arguedas ironizando: “*Todo debe ser de buen tono, en estilo delicadito, que no hiera los oídos de las niñas bien y de los niños bien que leen, con expresiones y con imágenes demasiado realistas y atrevidas*” (p. 70). Este

libro es un valioso homenaje en el centenario de Westphalen y Arguedas que no fue nunca declarado oficialmente como tal. Lo son también, aunque en menor medida, *Itinerarios epistolares. La amistad de José María Arguedas y Pierre Duviols en*

dieciséis cartas (Fondo editorial PUCP, 2011) y el valioso y ya agotado volumen que reúne la correspondencia del autor de *El zorro de arriba y el zorro de abajo* con el antropólogo John Murra, publicado a comienzos de 2011 (*José Rosas Ribeyro*).